

éxtasis furibundos del Océano en la sucesion infinita de los siglos, hemos escuchado atónitos los cantos mas sublimes de la epopeya inmortal del universo, las notas discordantes de esa magnífica sinfonía que retumba eternamente en los peñascos cóncavos que mil tempestades socabaron. Tal vez entonces se nos apareció el divino fantasma de la eternidad, y, acariciando tierna y dolorosamente nuestro vírgen corazon, nos inició en el arcano sombrío de los primeros amores, de las primeras melancolias y de las primeras lágrimas!... Tal vez entonces contemplamos juntos la obscura inmensidad de lo futuro, y retrocedimos trémulos de terror, ante la espantosa esfinge de la nada!.. Tambien hemos celebrado juntos las exequias de carísimas afecciones y las hemos acompañado á las moradas lúgubres del misterio y del olvido!

¡Cuántos años hace ya que no te veo! No sé qué gran fatalidad me aparta para siempre de esas riberas adoradas! Mas con todo, ya ves que no te olvido: te ofrezco ahora cuanto tengo — mis pobres cánticos, *flores inodoras del desierto.*

¿No es verdad? ¿No es verdad! cariñoso amigo mio, que tu corazon ha de enternecerse, cuando lleguen á tí estas lejanas melodias del alma vehemente, apasionada y triste de tu *Fernando...?*



A UNA MALAGUENA.

SALIENDO DE CADIZ PARA LA ISLA DE CUBA, AL ANOCHE-
CER, A BORDO DEL BERGANTIN "PELICANO" EN 1846.

(*Fragmento.*)

Cariñosa Malagueña,
Ilusion de la alegría,
Mas hermosa y halagüeña
Que los deleites que sueña
Una jóven fantasia.

En tu delirio profundo,
En tu quimérico empeño,
Surcas el mar iracundo,
Por buscar en otro mundo
Las realidades de un sueño.

Las brisas de Andalucía
Soplan frescas y apacibles,
Y en la vaga lejanía
Agoniza el claro día
Sobre las ondas movibles,

¡ Oh cuán bella y cuán galana
Se ostenta Cádiz de lejos !
Pero nosotros mañana
No la veremos ufana
Sobre límpidos espejos.

La noche en el Oriente brota
Con estrellas á millares,
Y allá en la estension remota
Otro mar de lumbre flota
Sobre el cristal de los mares.

Mas ya entre nublados rojos
De Venus radia la estrella.
No vuelvas atrás los ojos
Por mas que sientas enojos,
Desventurada doncella !

Aunque ansiosos afanemos
Por ver la costa española,
Es inútil, no podemos,
Solo entre sombras veremos
De Cádiz la gran farola.

Así mueren transitorias
Vaporosas y tranquilas,
Nuestras dulcísimas glorias,
Dejando solo memorias
Que enturbien nuestras pupilas.

De tu afliccion soy testigo,
Juntemos entrambas manos,
Bien puedes llorar conmigo,

Que además de ser tu amigo,
El dolor nos hace hermanos.

Adios bella Andalucía !
Tierra de encantos ¡ adios !
Quiera la suerte algun dia,
Que llorando de alegría,
Te saludemos los dos ! . . .

Qué amargas y tristes son
Las horas de despedida !
¡ No oprime tu corazon
Una pena, una afliccion
Inmensa, desconocida ?

—El desconsuelo que siento
Es amargo sin segundo . . .
Mi insondable sentimiento,
Absorve mi pensamiento,
Como el abismo profundo ! . . .

—¡ Pobre niña ! tambien lloras
Desconsolada y perdida.
En vano á tu madre imploras,
Que son muy tristes las horas,
Las horas de despedida !

Entre el dolor y el placer
Tu pensamiento medita,
Y así comprendes, mujer,
Que nos separa de ayer
Una distancia infinita.

Tranquila rodó tu cuna
 En esa tierra de flores,
 Mas hermosa que ninguna.
 Querida de la fortuna,
 De la luz y los amores.

Inocentes alegrías
 Allí colmaron tu gloria,
 Y nunca sombras veías
 Cuando los ojos volvías
 Á la luz de la memoria.

Que en la infancia peregrina
 Nuestras almas son espejos
 De pureza cristalina
 Que el Sol naciente ilumina
 Con purísimos reflejos.

Mas nosotros no sabemos
 La fortuna que gozamos,
 Y después que la perdemos
 Entonces ¡ay! la lloramos,
 Entonces la comprendemos!

Por eso en infaustos días,
 Sorprendieron tu conciencia
 Inspiraciones impías,
 Cuando dichosa dormías
 El sueño de la inocencia.

Porqué ¡oh Dios! te despertaron?
 ¿Porqué tan malignas fueron?
 ¿Porqué tu mente exaltaron,

Si feliz te contemplaron,
 Si tan hermosa te vieron?

No llores, niña, no llores,
 Es inútil, es muy tarde!
 Y se ceban los dolores
 Con mas horribles furores
 En el ánimo cobarde.

Delirante tu ambicion
 Á estraños climas te lanza :
 Dichoso tu corazon
 Mientras goce la ilusion
 De esa mágica esperanza.

La ilusion que te fascina
 No será tal vez quimérica :
 Vírgen del mundo divina
 Deliciosa y peregrina
 Hasta en su nombre es América.

Flotando en la inmensa espalda
 Del mar azul tropical,
 Con la espléndida guirnalda
 De sus bosques de esmeralda
 Y su gracia virginal.

Se alza Cuba con sus montes
 Con sus canciones eólicas,
 Con sus claros horizontes,
 Con sus palmas y sinsontes
 Y sus ceibas melancólicas.

Bellos, si, muy bellos son
Esos climas tropicales
Que te pinta tu ilusion,
Cual divina creacion
De los sueños orientales.

Muy bellos son sus verjeles
Y sus campiñas muy bellas :
Pabellones y doseles
De palmeras y laureles
Verás perennes en ellas.

Mas ¿ qué importa que allí el Sol
Fulgure con aurea luz,
Si su límpido arrebol,
En flotante tornasol,
No pinta el suelo andaluz ?

¿ Qué importa que allí la luna
En noches azules, bellas,
Resplandezca en su fortuna
Sin nube ó sombra importuna
Con su corona de estrellas,

Si á sus rayos transparentes
No reverberan risueñas
Las cristalinas corrientes
Donde reflejan sus frentes
Las vírgenes malagueñas ?

¿ Qué importa que cantos graves
Oigas en Cuba tal vez,

Si no escuchas á las aves
Que melodiosas y suaves
Arullaron tu niñez ?

Malagueña cariñosa,
Cielo azul del Mediodia,
Dulce, suave y voluptuosa,
Como el aura melodiosa
De tu bella Andalucía !

Cuán en breve perderás
Tus ilusiones de gloria :
Cuánto después llorarás,
Los ojos volviendo atrás
Á la luz de la memoria.

Con ansia eterna y doliente,
Con tus pesares luchando,
Volverás lánguidamente
Tus ojos hácia el Oriente
Por tu patria suspirando.

Contemplantas la hermosura
De verdes, soberbios montes
Al dorarlos la luz pura
Del Sol que irradia y fulgura
En diáfanos horizontes.

Mas no calmará tu pena
Esa gran naturaleza
Robusta, fragante, amena,
Melancólica y serena
Con su espléndida riqueza.

Yo tambien infortunado
Peregrino por el mundo,
Allá en Madrid he dejado
El serafin inflamado
De mi delirio profundo.

Con lánguida voz inerte
Le dije llorando :— ¡ Adios !
Quién sabe, tal vez la muerte,
Antes que vuelva yo á verte,
Se interponga entre los dos !

Y ella me dijo :— *Amor mio !*
¡ Cual será nuestra orfandad
Si nos separa el vacío,
Melancólico y sombrío,
De la negra eternidad !



FRAGMENTO.

oo

A MI QUERIDO AMIGO EL SR. D. IGNACIO GUASP.

Puerto-Rico 1846.

oo

Era de noche... La luna llena, semejante á un globo de plata muy brillante ó de cristal de roca iluminado, resplandecía en el azul obscuro de los cielos, como resplandece ahora en el fondo obscuro de mi vida el fantasma divino de mis sueños, la vírgen pálida de mis eternas melancolias.

Ella! ella misma estaba entonces junto á mí, tan pensativa y extática como se me habia aparecido, siendo niño todavía, en la iglesia de mi aldea—tan tímida, tan aérea, tan virginal y melodiosa, como la habia visto al caer el Sol en las riberas sombrías de los mares cántabros—y tan apasionada, tan tierna y meditabunda, como la habia soñado peregrino debajo de los trópicos en las noches azules, transparentes y voluptuosas del Nuevo Mundo.

Yo fuí dichoso aquella noche.—Apenas tenia veinte años.—Habia vuelto á mi patria despues de

una ausencia penosa y dilatada y la habia encontrado á ella!... á ella misma despues de haber sentido las fermentaciones volcánicas, los insomnios turbulentos y los desfallecimientos mortales de un amor sin esperanza que se habia ensanchado bajo el soplo del huracan de la zóna tórrida en el *infinito profundo* de los mares y en los grandes horizontes del desierto
 Sí! . . . la virgen pálida estaba otra vez conmigo . . . no era ilusion . . . era la realidad mas gloriosa . . . y al fijar en mí sus ojos resplandecientes, recogia sus párpados, como para reconocer una vision de otros tiempos y levantaba en éxtasis su cabeza bellísima y entreabria su boca como para escuchar una melodia nocturna que se aleja . . . y en el delirio de su pasion y en el tempestuoso vértigo de su amor se inclinaba lánguida y amorosamente sobre mí, como para depositar en mi corazon todas las fragancias, todos los suspiros y todos los sollozos de su juventud de su pasion y de su ternura . . . como para imprimir en mis lábios trémulos el ósculo ardiente de la felicidad suprema
 En la inflamacion eléctrica de nuestras almas, bajo el peso de aquel deleite incomunicable, en medio de aquel deliquio gloriosamente divino, yo prorumpí en bendiciones y gritos de júbilo y deshecho en lágrimas exclamé: "Bien hayas tú! ¡Mil veces bendita seas, dulcísima hija del Paraiso! Tú, que has ungido mis lábios con el oleo santo de tu primer amor y has inebriado mi corazon con las suavísimas fragancias de tu virginidad y de tu inocencia... —¡ Ah! si me fuera dado escojer una compañera

para vivir en la eternidad, nuestras almas se elevaran para siempre á las regiones increadas del amor sin fin y de la inteligencia infinita."

Era en Madrid.—Estábamos sentados al pié del monumento augusto donde la nacion agradecida glorificó la memoria de los mártires de su independencia.—Oíamos en lejana confusion el estrépito y el bullicio de la ciudad alegre y populosa.—Teníamos á nuestra espalda el jardin botánico y delante de nosotros se estendia el Salon del Prado con su arboleda snberbia, con sus fuentes magníficas y con toda la hermosura que han podido acumular la naturaleza pródiga y la industria humana de muchos siglos. Las brisas de la noche, enamoradas en aquel mágico recinto, suspiraban blandamente en los árboles frondosos, formando una música deleitable, aunque monótona, que se confundia con el murmurio eterno de las fuentes y con las reminiscencias vagas de amorosos cánticos modulados á lo lejos. Un mar de luz amarillenta flotaba sobre el mundo, como flotan sobre el fondo de los mares equinociales las aguas fosforescentes é iluminadas en las tardes mas diáfanas y ardorosas del Estio. Lijeras nubes, mas albas que los copos del mas límpido algodón, se dibujaban en el zafir del firmamento y se perdian en alas de la brisa mas allá de los horizontes silenciosos, como esas imágenes blancas, melancólicas y aéreas, como esos sueños divinos de amor, de inocencia y felicidad que atraviesan las profundidades misteriosas de las almas virgenes y van á perderse en alas de la esperanza, mas allá de los sepulcros en la sombra inmóvil de otros mundos.... ¡Qué noche

tan deliciosa! Todo era paz, todo amor y melodía! La atmósfera estaba serena, como los pensamientos de la infancia, las altas regiones del eter estaban pacíficas y transparentes como el resplandor de las verdades eternas, la luna estaba triste como el olvido y las auras de la noche suaves, tibias y perfumadas como un beso lánguido y voluptuoso. ¡Qué noche tan deliciosa! Todo era paz, transparencia y melodía!

Yo, sin embargo, me habia quedado profundamente triste.—Estaba trémulo.—Sentía una inquietud dolorosa, un especie de horror fúnebre, un afán sin límites ni objeto. Mi razon me convidaba á gozar; pero mi corazon se estremecía. Me esforzaba entonces á darme cuenta de lo que por mí pasaba; pero inútilmente. . . . El placer me habia dejado moribundo entre sus brazos y en mi desfallecimiento me sentía inferior á tan amorosa fortuna, porque es tal la condicion del hombre que necesita mayor fortaleza para disfrutar dignamente las grandes felicidades que para sufrir con heroismo los mas espantosos infortunios. . . . No! desventurado mortal; no! tu destino supremo no está en la tierra. ¡Qué espíritu generoso puede concebir que aquel que trazó tan maravillosas órbitas á esos millones de globos inflamados que giran en las inmensidades del vacio, te haya confinado á tí irrevocablemente á este valle estrecho, obscuro, en donde el placer te *asfixia* y te envilece, donde el dolor te despedaza, donde el tedio te devora?

Mi adorable compañera, viéndome pensativo me dijo:

—Estas triste!

—Es verdad, le respondí, estoy triste. Y lo mas raro es que no acierto á esplicarme la causa de tan estraña tristeza. Quién sabe! quizá el placer, cuando llega á un grado tan alto, asi como el dolor, degenera en este vaguedad misteriosa de que estoy poseido. Quien sabe. . . tal vez el alma, al apercibirse de que disfruta el mayor bien que puede concebir en el mundo, suspira y se entristece recordando la fragilidad de las cosas humanas.

—Será como tú dices—continuó ella—pero no me gusta verte asi. . . Yo quisiera distraerte. . . Mira, tú me has dicho que cuando estás triste compones fácilmente, y en dias pasados me ofreciste retratarme en verso. Ea pues! cúpleme esa oferta.

—Bien sabes cuan delicioso me es complacerte; pero ahora me será difícil, porque el retrato que te hiciera, en el estado en que se halla mi ánimo seria, sin duda, tan vago, tan aéreo é incomprensible, como la melancolia que estoy padeciendo.

—Y eso ¿qué importa? Tú siempre me reconocerías en él, tal como me concibes esta noche y yo siempre le miraria como una revelacion de tu alma y como una prenda tuya. Además, tú bien sabes cuanto simpatizo con esa poesia sin contornos, que tú llamas quimérica y vaporosa.

—Pues bien! veamos lo que me ocurre. Tú siempre me juzgas con indulgencia.

—Ya estoy impaciente por oírte.

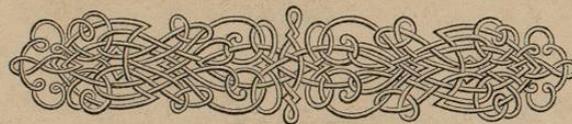
—Escúchame:

SONETO.

Eflúvio de la trémula harmonia,
Que suspira en el caliz de las flores,
De la luna á los pálidos fulgores
Allá en la tumba de tu madre, fría,

Es tu ser virginal, hermosa mia,
En su faz, en su voz, en sus dolores,
En la triste ilusion de sus amores,
En su blanda y celeste melodia,

Cántico suave de olvida gloria,
Que al soñoliento corazon despierta,
Virgen divina de una antigua historia
Que el pensamiento á comprender no acierta,
Poética ilusion de la memoria
De un ser que llora su esperanza muerta!



¡A DIOS!

PRENDA DE CARIÑO ETERNO A TRINIDAD FERNANDEZ.



Santiago de Cuba, Abril de 1846

Qué breves fueron las felices horas
Que en dulce calma disfruté contigo!
Pasaron como rápidas auroras
Y ¡adios! temblando de pesar te digo.
Aunque mis largas desventuras llores,
Aunque me llamas cariñoso amigo,
Mi nombre oscuro olvidarás mañana,
En la ruidosa confusion mundana.

Jamás la pena el corazon te oprima,
Ni desgraciada por el mundo vayas,
Ave extranjera en apartado clima,
Náufrago errante en extranjeras playas:
No es agudo el pesar que te lastima,
Aunque tan tierna en el dolor te ensayas:
Tú tienes en tu vírgen fantasía
Amores, esperanzas y alegría.

Dolor profundo el que mi pecho siente,
Mortal tristeza, la tristeza mía !
Mira esta joven orgullosa frente
Que entusiasmada levantar solía,
Cuando impetuosa inspiracion valiente
En mi amoroso corazon ardía.
¡ Héla abatida y en mortal desmayo,
Al estampido súbito del rayo !

En áridos desiertos, peregrino,
Donde roncós los vientos de la pena
Rebraman en ardiente torbellino
Y en son terrible que el espacio atruena ;
Donde borran las huellas del camino
Rojas balumbas de encendida arena,
Solo y perdido en la mitad del yermo,
Cansada el alma, el corazon enfermo :

Te ví á lo léjos, solitaria palma,
Corrí á buscarte, demandando sombra,
Y tú me diste deleitosa calma,
Dátiles dulces, pabellon y alfombra.
Tú perfumaste con tu amor el alma
Que con doliente gratitud te nombra,
Y á mas de darme hospitalario abrigo
Tambien lloraste, por llorar conmigo !

Y siempre afable y con placer oías,
De mis amores la penosa historia :
Tu voz hermosa con mi voz unías
Para cantar y bendecir mi gloria ;

Y mis endechas repetir solías,
Por grabarlas mejor en tu memoria,
Y afanosa después me consolabas
Y esperanzas divinas me soñabas.

Como las tribus de Israél perdidas
Allá en los arenales del mar Muerto,
Se alegraban al ver las florecidas
Y espléndidas oásis del desierto
Y olvidaban las ánsias padecidas
Y su azaroso porvenir incierto,
Así halló en tu doliente simpatía
Vaga consolacion el alma mía.

Vé cuán amargo me será perderte
Y cuánto ahora sentiré dejarte,
Cuando en secreto el corazon me advierte
Que nunca, nunca volveré á encontrarte,
Porque me lanza mi contraria suerte
De tí muy léjos, á ignorada parte.
Vé cuán hondos serán y cuán sombríos,
Al irme ahora, los pesares míos !

¡ Ay ! no se encuentran en el mundo amigas
Que, en mi desgracia, como tú me velen,
Al triste abriguen, como tú le abrigas,
Y mis angustias como tú consuelen.
Qué le importan al mundo mis fatigas ?
Egoistas los hombres no se duelen
Del ageno dolor, y en su ventura
Escarnecen del triste la amargura.

Héme aquí de la vida en la baraja,
 La fé del alma agonizando incierta.
 La ajena risa mi dolor ultraja,
 Sellé jurando del placer la puerta ;
 Y un hora en qué morir y una mortaja
 Son en el mundo mi esperanza cierta.
 Nada que calme mis angustias veo,
 Como en las bascas del tormento el reo.

Si á veces la ilusion de lo futuro,
 Del Gran Desierto rápido miraje,
 De la esperanza al súbito conjuro,
 Ante mí se levanta cual paisaje
 Flotante, tropical, de verde oscuro,
 Con palmeras de espléndido follaje
 Y lagos de cristal en lontananza,
 Luminosos, azules y en bonanza ;

La dolorosa realidad ahuyenta
 Los sueños de mi jóven fantasía ;
 Y así esa hermosa facultad aumenta
 El desconsuelo y la tristeza mia ;
 Porque es ahora para mi sangrienta,
 Implacable y satánica ironía,
 Sacrílego sarcasmo de la suerte,
 Mas espantoso que la misma muerte.

El misterioso porvenir contrista
 Mi herido corazon abandonado.
 ¡ Ay del que torna la cansada vista
 Al triste resplandor de lo pasado !

¡ Ay del que vaga como seca arista,
 Al soplo horrible del turbion airado !
 ¡ Ay del que llora con dolor profundo,
 Solo y perdido en la mitad del mundo !

Mas tú me seguirás en la memoria,
 Do quier me lleve la desgracia impía,
 Cual viva imagen de soñada gloria,
 Cual la vaga y eterea melodía
 Que aduerme mis pesares, ilusoria,
 Y acaricia mi triste fantasía,
 Cuando abstraída en la nocturna calma
 De amor suspira y agoniza el alma.



El tiempo se precipita
 Y en sus ondas me arrebatada,
 Cual inmensa catarata
 De la obscura eternidad.

La nave á partir se apresta
 En la verde azul bahía,
 Y al rayar mañana el dia
 Cruzaré la inmensidad.

Del cañon el estampido
 Anuncia ya mi partida,
 ¡ Adios, vida de mi vida,
 Yo me voy pensando en tí !

Cuando lánguida se incline
De ternura y de tristeza,
Sobre el pecho tu cabeza,
¡ Ay acuérdate de mí !

Ya que comprendes ahora
Mi profundo sentimiento,
Mas grande que el firmamento,
Y mas ardiente que el sol ;

Ya que la suerte implacable
De tí me aparta mañana,
No olvides, Americana !
Tu pobre amigo español.

Cuando la luz amarilla
Del ya moribundo día
Te infunda melancolía
Con su vaga palidez :

Cuando á solas en el templo
Inclines lánguidamente
Tu melancólica frente,
Suspira y llora por él !

Por el triste á quien la suerte
Tan rudamente lastima,
Y vaga de clima en clima
Buscando consolacion !

Por el poeta que cruza
La inmensidad solitaria,
Cual errante procelaria *
Delante del Aquilon !

(*) Ave que precede á la tempestad.

Mi existencia está sombría,
Cual la noche de la tumba.
Ya retumba ! ya retumba
La sublime tempestad !

Adies ! adios !... nos veremos
Cariñosa hermana mia,
En el magnífico día
De la augusta eternidad.

